

Viernes Santo

Granada comienza la mañana del Viernes Santo ajetreada... porque ella, amante de las tradiciones, prepara la rica blonda española y la peina de carey para visitar los Monumentos y asistir a los oficios, de Mantilla.

Y se lamenta... ¡cuanta belleza perdieron sus calles cuando se dejó la costumbre de que sus mujeres vistieran masivamente la mantilla este día! y es que Granada sabe que las tradiciones no son lastre del pasado, sino valiosísima herencia que hay que transmitir a generaciones venideras...

Y así vestida, sale de paseo, haciendo hora, para acudir al Campo al filo de las tres de la tarde. La hora nona, en la que Cristo iba a exhalar su último aliento. Son miles de sus hijos los que se concentran ante el Señor de piedra, que reparte favores al rezo de los tres credos.

La Soledad al pie de la Cruz, vuelve a encontrarse con su Hijo, muy pronto lo tendrá de nuevo, en sus brazos, y podrá acunarlo, rememorando tiempos más felices, allá en Belén.

El clarín marca la hora fatídica, el campanil llora por el Muerto, y Granada, rodilla en tierra, acrecienta el surco de sus lágrimas...

*A las tres de la tarde...
gracias, mi Señor de los Favores,
porque estas ahí,
con los brazos abiertos...
esperando abrazarme.
Y yo aquí, de rodillas, implorándote, a las
tres de la tarde...
Miles de almas, como yo,
elevarán a tí su ruego,
a las tres de la tarde...
Tres credos, tres favores*

*esperamos anhelantes
a las tres de la tarde...
Tu Madre, al pie de la Cruz
esta ahí, para recordarte
que somos pecadores
y queremos recibir tu perdón
a las tres de la tarde.*

Apenas una hora después, la amplia avenida, frente a la blanca sierra, se queda pequeña; y las locomotoras de la próxima estación férrea, silban anunciando su Buena ... Muerte, y la Madre dolorosa, vuelca todo su amor en el Hijo crucificado.

*Calvario de clavel rojo
cubre su trono dorado,
sus discípulos le escoltan
en figuras de alabastro.
Cuatro cirios sobre el oro
iluminan su costado,
y una corona de espinas
su cabeza ha taladrado.
Se han apagado sus ojos,
su cuerpo contorsionado
dio un suspiro, miró al cielo
¡todo estaba consumado!*

Y cuando la tarde en Granada empieza a decaer, hileras de encapuchados negros surgen del antiguo barrio de la Antequeruela, acompañando al Crucificado de San Cecilio, al Cristo de los Favores, sobre túmulo de clavel rojo, escoltado de cuatro altos candelabros, donde la cera roja proclama el carácter sacramental de la Hermandad...

*¿Porqué Señor, porqué a tí?
Si Pilato sabe y calla
que yo soy el pecador...
¿Porque esa hiel tan amarga*

*dimos para apagar tu sed
y tu nos das de tu Agua?*

Y María, Madre de Misericordia infinita, reina dolorosa del alto Realejo, Señora de pelo negro y tez aterciopelada. Andaluza por los cuatro costados, se asoma al balcón de su palio rojo y oro, y deja nacer una lágrima, acaso de felicidad, cuando oye escapar el piropo, nacido de los más hondo del corazón de un vecino de su barrio... ¡Greñúa, guapa!

*No hay dolor cual tu dolor
ni pena como tu pena,
las lágrimas dejan surcos
en tu carita morena.
Perlas derraman tus ojos
¡maravilla dolorosa!
y llueven sobre tus fieles
como cascadas de rosas.
A tí, Misericordia y amor
por la cera iluminada,
te han encendido el color
los claveles de Granada.*

Y Granada se mira en el río, y ve su imagen reflejada en las verdes aguas. Parece ser una más de las que acompañan el palio negro de María en su Mayor Dolor.

Cristo acaba de expirar... sobre el puente romano del Genil...

¡Cristo de la Expiración... expiración de Granada!

Y María santísima, enlutada de luto negro, recién llegada de orillas del gran Betis, llora como ninguna la pérdida del Hijo...

*Lágrima del manantial
de tus ojos, van cayendo.
Divino espejo el que trunca
tanto gozo, en dolor
de este momento.*

*¡Cuanto te amo Señor,
y como quiero a tu Madre,
María del Mayor Dolor!*

Y Granada decide enterrarle, y lo traslada al sepulcro en la humildad de una sábana, desde San Jerónimo; y lo despide en Plaza Nueva, en urna de caoba y plata, allí donde era tradicional hacerlo antaño, donde Granada se unía a sus hijos en momentos de desolación y llanto.

Y la Virgen queda sola, resignada, arrodillada ante la cruz vacía, con las manos cruzadas sobre el pecho... o de pie, entre rosas de fragancia tenue, con manos enlazadas, en un último gesto de súplica para que se lo devuelvan...

*Madre de la Soledad,
queda esta noche conmigo,
que tu Jesús no esta ya.
De oraciones y suspiros
yo te formaré un altar,
de luceros y esmeraldas
mi sueño te vestirá.
Con el rumor de las fuentes
y el aire sutil tendrás,
un abanico de estrellas
para tu dolor mitigar.
Sólo tres días conmigo,
después tu hijo vendrá
a llevarte con los ángeles
por toda la eternidad.
Y este pobre costalero,
que huérfano quedará,
esperará todo un año
a que vuelvas a pasar,
para ver tus dulces ojos
Madre de la Soledad.*

